

ciendo las eternas tinieblas en que ahora yace. Artista ¿qué serías, si un soplo celeste no te sostuviera y animara? Pintor ¿qué pintarías, si no descendiera hasta tí un rayo de la luz creadora? Los errores, las faltas, las imperfecciones son nuestras; la inspiracion al revés, superior á nosotros, agena á nosotros, algo que nos abrumba por su infinita grandeza, lo eterno, lo verdadero, lo bello, lo divino, lo absoluto.

—Pero no me negueis que hay belleza en la tierra como hay belleza en el cielo. No me negueis que si es bella nuestra Virgen rodeada de las gerarquías angélicas, es bella tambien la Galatea antigua, de pié sobre su carro de nácar, ceñida con su túnica de espumas, los ojos en el horizonte, la cabellera agitada por las brisas, las manos en las riendas, circuidas de ninfas cuyos cuerpos desnudos blanquean como las escamas argentadas entre las ondas, y de juguetones delfines que saltan y colean por la celeste superficie de los mares inundados de luz y de alegría.

—¡Profano! profano! ¿Qué has dicho? ¿Como te has atrevido á comparar la Virgen Madre, toda pureza, obra perfectísima de Dios, santuario de Cristo, rosa mística, estrella del mar, consuelo de los afligidos, refugio de los desamparados, con esas diosas y dioses de la idolatria pagana, seductores simulacros del error lanzados en los caminos de la vida por el diablo para tentar y perder á los hombres? ¡Ah! La misericordia divina resplandece en este momento sobre nuestras cabezas, cuando el cielo está sereno y tranquila sobre sus cimientos la tierra, despues de tales blasfemias bastantes á desconcertar la máquina celeste. Cristo mio, repite en la hora de esta crucifixion por un cristiano las palabras que digiste á tu Padre celestial en la cruz, cuando te atormentaban tus implacables verdugos; Perdónalo, perdónalo, porque no sabe lo que dice. Y si no bastara, dulce Jesus mio, mi súplica á desarmar tu justicia, oye la intercesion de tu Madre santísima, á cuya piedad acudo para que toque el corazon de este pecador empedernido y pase por sus labios aquellos ardientes carbones de Isaís, cuyo sacro fuego devoraba así las malas palabras como las erróneas ideas.

—Padre, padre mio, siento haber herido vuestro celo con mi dicho. No he hablado de bondad y de verdad, al hablar de María y de Galatea, que tambien me precio de cristiano y tengo temor á Dios y á su justicia, como todos los pecadores, sugetos á las humanas fragilidades y condignos de merecidísimos castigos. He hablado solo de grados de hermosura, sin que pasara por mis mientes comparar la divina María con la pagana Galatea. Pero no lo dudeis; como hay bellezas místicas, hay bellezas humanas, y como hay bellezas humanas, hay tambien bellezas terrestres. Hermosa la estrella en el cielo y hermosa la violeta en el campo. Los horizontes que centellean arrebolados por la luz cautivan el ánimo y lo cautivan tambien las ténues alas de las mariposas con sus varios esmaltes. Desde el alba serena hasta la tempestad rugiente, desde la ola encrespada hasta el ténue rocío, desde el

incendio devorador hasta la lámpara alumbrando una encrucijada, desde los niveos Apeninos donde ruedan los aludes, hasta las floridas colinas donde duerme la artística Florencia; todos estos espectáculos de la creacion divina resplandecen por su hermosura. El cuerpo humano mismo, este cuerpo humano que la primera culpa arrastró por el barro de la tierra, es la imágen de Dios, como la bóveda de nuestro cerebro una repeticion de la bóveda del cielo. El sentir la belleza religiosa no debe impedirnos sentir tambien la humana belleza.

—Mas las cosas terrenas no tienen grandeza y hermosura, sino en cuanto tienden á convertirse en cosas celestes. Y esta tendencia es universal. Los vapores que al caer la tarde se elevan por los costados de las colinas desde el fondo de los lagos, parecen como las nubes de incienso que envuelven el santuario y que se desvanecen por los ángulos de las ojivas y los cristales de los anchos rosetones góticos, donde resaltan los santos y los ángeles. La luz que despide la lejana estrella, cuya retina nos busca en estos abismos, es una oracion para que los ángeles la cojan en sus alas y la presenten ante el Creador, á fin de que le preste el aliento bastante á impulsar su carrera, que traza en la inmensidad con resplandores indecibles el poema de las divinas alabanzas. Todo sube, todo, el aroma de las flores, el cántico y el vuelo de las aves, el vapor de los valles, el ruido de las ondas, como si todo lo creado buscara por una aspiracion ciega, á su divino Creador. Y nosotros que hemos recibido la luz mas pura, la luz de la inteligencia; y la armonía mas dulce, la armonía de la palabra; y el presente mas bello, la sangre del Redentor crucificado para rescate de nuestras culpas; nosotros, los sacerdotes de este templo del Universo, los consagrados por el Señor, los preferidos á las mismas gerarquías angélicas, que no han tenido una víctima, como el Salvador, ni un holocausto, como la Cruz, nosotros somos los únicos capaces de desconcertar estas armonías de todas las cosas creadas con nuestras blasfemias, desconociendo con la divina centella misma, recibida para conocerlo y alabarle, al Ser divino á cuya inagotable misericordia debemos tantos beneficios.—Mas, buscando la belleza ¿no encontramos á Dios? ¿Estará una parte de la naturaleza dentro y otra parte de la naturaleza fuera de lo divino? ¿Regirá una parte de la Historia Dios y otra parte el diablo? En las ruinas amontonadas por los siglos se encuentran estatuas hermosas, las cuales representan los antiguos dioses, que á su vez representan transformaciones y metamorfosis de la Naturaleza, como la que convierte la larva en gusano y el gusano en mariposa. ¿Qué quereis? ¿Que rechazemos todo ese mundo y le tengamos por no sobrevenido á la vida y por no realizado en la Historia? Las Sibilas se han encontrado con los Profetas, y desde sus trípodes y sus aras han presentado la venida del Salvador, como los penitentes que oraban en Palestina ó que gemian bajo los sauces de Babilonia. Las profecías de Virgilio aparecen tan bellas y tan

verdaderas como las profecías de Isaías. Platon sirve á unos padres y Aristóteles á otros padres de la Iglesia. El mas dulce poeta pagano guía al mayor poeta católico por los abismos de nuestros dolores y los círculos de nuestra teología. Bajo el espíritu cristiano, que todo lo cobija con sus alas, puede brotar la Naturaleza exuberante de vida y llevando su calor á nuestros cuerpos enflaquecidos por el ayuno y atormentados por la maceracion y la penitencia. Yo no quiero proscribirme de este mundo que renace. No quiero negarme á ver la hermosura que hay en la violeta esmaltada de rocío, en el nido henchido de vida, en el coro de los universales amores, en la esperanza que brota por todas partes, como la sávia vivificadora en las yemas hinchadas por la primavera. Dejadme, pues,irme por los campos, subir á las montañas envueltas en cendales de nubes, abrevarme como las aves del cielo en las aguas espumosas de los torrentes, sumerjirme, como en reparador baño, en la luz de la luna, bendiciendo á Dios que nos ha concedido correr y movernos por tanta vida, como corren y se mueven los peces por el inmenso Océano.

—Dios mio, dijo Fra Angélico, despues de haber oído la oracion casi pagana de Filippo, préstame tu luz para que pueda iluminar á estos ciegos. Necesitamos que nos acorras con tu gracia al conjurar tantos errores, pues así como no es dable gozar del cielo en la tierra, no es dable tampoco, sino por tu divino auxilio y tus revelaciones, comprender y sentir la verdad entre las sombras de nuestro entendimiento y con los desmayos traídos, á la voluntad por los maleficios del pecado. Preferible es á toda esa fastuosa ciencia, la cándida sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende las cosas de este mundo. Regálanos, Señor, con tu inspiracion; condúcenos, como de la mano, á nuestra eterna salud; haz que no oigamos ni entendamos sino tu palabra evangélica; y en el día de la muerte, al pasar de este mundo, júzganos ¡ay! no por la medida que merecen nuestras culpas, sino por la infinita grandeza de tu misericordia.

Cuando llegaba á este punto, se oyó la campana que llamaba al coro y las acompasadas pisadas de los frailes, que acudian al divino llamamiento. Y Fra Angélico se fué rezando las letanias de la Virgen á la Iglesia, mientras Filippo, despues de inclinarse en su presencia profundamente, dejaba el monasterio, y se unia á una legion de alegres jóvenes que iba entonando cantares alegres por las calles de Florencia.

CAPITULO IV

Aquí verá quien leyere que el comerse un vestido de brocado, obliga despues de la digestion, á ceñirse un hábito de estameña.

Ha pasado algun tiempo tras las últimas escenas. Filippo no lleva aquel trage deslumbrador que tanto encantara al portero del convento de San Márcos. Se lo ha comido, no á guisa de raton, sino á guisa de estudiante. Primero ha vendido lo más noble, cituron y espada; despues lo más bello, botones y encages; por último el todo, la veste de brocado, las calzas de grana, y hasta los zapatos de terciopelo. Encerrado por ende en humilde camaranchon, cavila con cavilaciones inacabables, cuyo tema es su adversa suerte, cercana, muy cercana á la miseria. Habia pues por qué y para qué cavilar. Nacido de padres pobres, ofrecieronle, como entónces solia decirse, en oblacion á un convento de carmelitas, donde pasara su infancia con tanto gusto y quietud como el ave en su jaula. Un dia, cierto noble de la familia Pulci, antiguos franceses residentes en Florencia, desde los tiempos de Carlo-Magno, vióle dibujar con tal arte y precision una maceta de rosas en el patio conventual, que lo sacó y se lo llevó consigo para que diera lecciones á su hijo, nacido con vocacion artistica.

El infante noble y el jóven novicio parecian dos hermanos. Pero como aquella Florencia se tumultaba con tanta facilidad, y deshacia las familias más patricias, y llamaba hoy al que proscribia ayer, y tornaba á proscribir mañana al que acudia á su llamamiento; siempre en alteraciones y contiendas, en las cuales precisaba ó matar ó morir, los Pulcis, partidarios de los Rinaldos, dejaron á Florencia en la misma noche en que Filippo jacareaba por aquellas calles, sin que lo advirtiese ¡él! más herido que ninguno otro en aquella catástrofe y más descuidado por tener puestos sentidos y poten-

33202

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1525 MONTERREY, MEXICO